

PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTACRUZ

Por Juan Antonio
Padrón Albornoz

LA CIUDAD BLANCA Y CALLADA



Así era, en 1920, la Plaza de la Paz. La que Santa Cruz levantó para conmemorar el fin de la lucha y el fin del galopar de los apocalípticos jinetes que, a placer, recorrían los desolados campos del mundo.

Así era, en 1920, el Santa Cruz de casas terreras que rompía su monotonía—agradable monotonía—cuando, algunas de dos pisos, se alzaba con orgullo y, desde alto mirador, presenciaba por sus ventanales, iluminados por el sol, el espectáculo gratuito de la mar pintada de barcos.

Así era, en 1920, el Santa Cruz apenas cruzado por la corriente automovilística que hoy desborda sus calles. Lentos tranvías—rápidos para el tiempo medido entonces—ponían sus notas blanquiazules en la Rambla de Pulido, “la carretera” se la llamaba aún, y por Imeldo Serís llegaban hasta casi donde hoy se alza la Plaza de España. Luego, calle del Castillo arriba, volvían hasta La Laguna y, previo trasbordo, en otro se podía continuar hasta el verde y fresco Tacoronte, que ponía—pone siempre—sus lienzos de campo y jardín a la vista del visitante.

Carros de mulas. Airadas voces de los carreros y la tralla que, silbante, estimulaba a los sufridos animales en aquella tarea del basto bregar y el basto ganar.

Así era Santa Cruz en 1920. La ciudad se hizo eco de la lucha que asolaba al mundo y, por ende, ponía cerrojo obligado a aquel su puerto del carbón, a aquel su puerto de las exportaciones que, poco a poco, habían ya alcanzado un considerable volumen.

La guerra paralizó el comercio del mundo entero. La guerra, que pone el llanto en las mujeres y el frío en los hogares, puso también su impronta en la ciudad que contaba con un puerto que era—lo es aún—puerto de la isla toda y base inquebrantable de su bienestar, de su progreso y futuro. Fue por ello que, cuando la paz llegó de nuevo al mundo, Santa Cruz se apresuró a celebrar debidamente el retorno a la normalidad. Y allí, al extremo del viejo Camino de los Coches, se alzó la Plaza sencilla cuyo nombre, de la Paz, era todo un símbolo.

Jardines sencillos en la no menos sencilla Plaza. Así era Santa Cruz en 1920. Así era la ciudad que aún guarda retazos de aquel su pasado que, poco a poco, se va perdiendo para siempre.

Hoy, la cofradía verde y perenne de los viejos laureles de Indias pone su estampa característica, de siempre, en la Rambla que—heredera del Camino de los Coches—ha ido con lentitud, pero con perseverancia, abrazando a toda la ciudad con sus brazos de jardines. Un triángulo perfectamente señalado—Rambla, Avenida de Anaga y Avenida Tres de Mayo—son el claro ejemplo de la voluntad puesta al servicio de una idea. De esa idea que, con los años, presidió el sentir y el pensar de las generaciones que nos precedieron y que, con toda ilusión, con vistas a un futuro, supieron labrar y trazar unas sendas, unos caminos.

Entonces Santa Cruz era un pueblo grande o, mejor, en frase reciente de don Antonio Martí, era una gran familia en vez de una ciudad. Y este es el Santa Cruz que aquí se nos aparece. El Santa Cruz del sosegado vivir y del sosegado sentir. Aquel sin prisas ni agobios que hizo que Zamacois, el eterno andariego, sintiese por un momento el deseo de en él acabar sus días. Y aun desde el lejano Buenos Aires, por Santa Cruz suspira y a Santa Cruz recuerda—“ciudad blanca y callada, repleta de sol y de luz”—en el libro con que se despidió del mundo este hombre que se va.

El viejo documento gráfico que encabeza estas líneas muestra con toda claridad las palmeras que, incipientes aún, vimos años después convertidas en verdes surtidores. Juegos de sombra azul y sol. Hoy el brazo voluble y fresco del agua se alza en su lugar.

Hoy el estrépito del tráfico ha venido a suplantar aquel suave campanilleo de los tranvías mientras, con intermitencias, los semáforos regulan un paso entonces libre y sin peligro.

Algunas de las edificaciones que aquí ponen su traza inconfundible aún, se alzan en la moderna vía que nadie—quizás sí unos pocos—denomina ya “la carretera”. Cristal, cemento y hierro, se han lanzado a la conquista del espacio en vertical y ya es imposible ver desde aquella zona, la inquieta lámina azul de la mar santacrucera.

Cielo que es a un tiempo cielo benigno azul y mar encrespada. Al fondo, la torre de la Concepción eleva su estampa clásica, verdadero blasón de la ciudad de ayer y de hoy, de siempre. Delante el Santa Cruz reciente—blanco, verdoso, amarillo—resonante como un mar nuevo, se dilata en recta ansia hasta la vieja playa, sola y retraída, donde nació en pasados siglos.

La mirada navega sobre la tranquila perspectiva de azoteas donde, de cuando en cuando, la rojez de la humilde y elegante teja canaria rompe el paisaje monótono.

Sólo cuarenta y ocho años han pasado. Hoy la fuente pone, en lugar del suave ondear de palmeras, su dulce murmullo.

Cielo que es a un tiempo cielo benigno azul y mar encrespada. Al fondo, la torre de la Concepción eleva su estampa clásica, verdadero blasón de la ciudad de ayer y de hoy, de siempre. Delante el Santa Cruz reciente—blanco, verdoso, amarillo—resonante como un mar nuevo, se dilata en recta ansia hasta la vieja playa, sola y retraída, donde nació en pasados siglos.

La mirada navega sobre la tranquila perspectiva de azoteas donde, de cuando en cuando, la rojez de la humilde y elegante teja canaria rompe el paisaje monótono.

Sólo cuarenta y ocho años han pasado. Hoy la fuente pone, en lugar del suave ondear de palmeras, su dulce verdor y agua. Y tras el espolvoreo fresco, la fronda en paz y dulce del corazón de la ciudad. Sólo cuarenta y ocho años han pasado pero, si para algunos esta etapa de vida ha sido rápida, para otros—por paradoja—ha tenido el doble signo de la lentitud y la ligereza. Alguien ha venido a mi mesa de trabajo y, después de mirar la foto, nada ha comentado. Pero sí suspirado a la vista de la ciudad de sus años niños, a la vista de este Santa Cruz que ya no es y que, volvemos a la paradoja, sigue siendo con todas las características de antaño.

La ciudad abierta y cordial, la que supo conmemorar el fin de una guerra librada en tierras extranjeras, está aquí en clara y vieja perspectiva, en ese su suave declive en busca del mar.

Parece mediodía. Soledad alta, silencio humano. Y el alma se va en su barco de paz a todos sus sueños y vive largamente, en una tarde, en las tierras bellas tan cercanas a todas sus atrevidas fantasías, a aquellas que fueron sueño en los años niños que refleja la vieja foto.

Junto a la arbolada incipiente—que parte la perennidad de la hoja que no se seca, que no se muere—la Rambla de Pulido parece un río con el color de agua de aquellos sus viejos adoquines. Y sigue vigente la definición del que la añora desde la capital argentina: “ciudad blanca y callada”.